

fuese por la «tradición» acrisolada que distingue a nuestros censores— que, a los cuarenta y siete años de su realización, todavía se piense que los ojos de los españoles no están «preparados» para ver imágenes como las que desaparecieron de «El perro andaluz». Nuestra castidad nacional impide contemplar cómo un señor acaricia los senos de una señora y el placer (que creo nadie podrá desmentir) que tal acto le aporta. Y es que para las mentalidades de quienes deciden lo que podemos y no podemos ver, los niños deben seguir viniendo de París...

Nótese, además, las diversas barreras culturales y sociológicas que ya figuraban previamente en el hecho de la proyección de «Un chien andalou». Tanto por tratarse de la Segunda Cadena—cuya visibilidad dista aún mucho de alcanzar a todo el país— como por hallarse integrado en un programa monográfico que dura toda la jornada, hasta por coincidir en la Primera Cadena con los reportajes de los partidos de fútbol del domingo anterior, el pase del film de Buñuel ya contaba, de por sí, por una restringida audiencia, que cabría calificar con el fastidioso calificativo de «especializada». Sin embargo, pese a todo este cúmulo de factores—que ojalá no se dieran, sin que tal posibilidad tampoco permitiese ningún tipo de mutilación, quede esto bien claro—, las imágenes de nuestro primer cineasta no fueron consideradas «aptas», aunque se tratase, además, de un «clásico» reconocido en todas las Historias del cine y del surrealismo.

Por supuesto, esta nota no va dirigida contra los responsables del programa monográfico de cine de la Segunda Cadena—que han conseguido ya espacios muy estimables—, sino contra aquellos que dificultan su labor, perjudicándola tan gravemente, como en este caso. Volviendo a lo que decíamos dos sema-

nas atrás, si queremos difundir realmente la figura de Luis Buñuel no es creando absurdos premios que utilizan abusivamente su nombre como lo conseguimos, sino respetando al máximo su obra pasada y presente (autorizando la proyección de todos sus films, divulgándolos al máximo) y posibilitando el rodaje en España de sus películas futuras. Pero en TVE—reflejo en tantas cosas de la mentalidad oficial—se le siguen poniendo sostén y bragas a «La maja desnuda»... ■
FERNANDO LARA.

Los inventos de la Metro

Con unas líneas basta para hablar de la «dúo-visión», el «invento» de la Metro Goldwyn Mayer que acaba de llegar a los cines españoles. Porque más que un invento, se trata de un truco: Partir la pantalla en dos partes exactamente iguales para dar simultáneamente en la segunda algo que complementa o se relaciona con lo que aparece en la primera; sólo en los momentos de «máxima intensidad dramática» los dos fragmentos de pantalla se juntarán hasta llegar a formar la habitual. Aparte de que el «experimento» ya estuviese probado en escenas aisladas de algunos films (las conversaciones telefónicas de «Indiscreta», de Donen, por ejemplo) y superado por el uso muy extendido de la «multipantalla» («Grand Prix» o «El estrangulador de Boston», por citar sólo dos casos), no parece que la insistencia en utilizar el procedimiento durante hora y media aporte nada nuevo, interesante o significativo. Aunque sí cansancio y fatiga visual. Máxime si se pone al servicio de una historia como la de «Perversidad» («Wicked, wicked», de Richard L. Bare), subproducto sanguinolento con psicópata jovencito, víctima de un trauma infantil, que mata a cuantas rubias aparecen por el hotel donde trabaja. Con «in-

ventos» como la «dúo-visión», a nadie puede extrañarle la quiebra de la antes todopoderosa Metro Goldwyn Mayer... ■ F. L.



Manuel Gerena, en su tierra... con un disco

Mientras espera el santo advenimiento de las bendiciones administrativas para poder dar recitales en los barrios y en las Facultades, en las fábricas y—¿por qué no?— en los teatros de su Andalucía, para hacer la difícil profecía en su propia tierra, el cantaor Manuel Gerena se ha tenido que contentar con presentar su último disco (1) en Sevilla. La «Tertulia flamenca» de Radio Sevilla, espoleada por el escritor Manuel Barrios, ha hecho posible este difícil encuentro, porque la verdad es que Manolo Gerena tiene el santo de espaldas en el Sur, donde los flamencólogos oficiales aún no se han enterado de sus recitales en el Palau barcelonés.

Casi en una catacumba-estudio, en Radio Sevilla, para presentar Cantes del pueblo para el pueblo, estaban los asiduos de la «Tertulia...» (Rafael Belmonte, Antonio Núñez Chocolate, Barrios), más algunos cabales amigos de Gerena, trabajadores de la cultura o del Sindicato del Metal.

Gerena no engañó a nadie. Cuando Barrios le preguntó, en el diálogo a micrófono entreabierto (esto es, abierto para la grabación, pero no para la emisión

(1) Manuel Gerena, Cantes del pueblo para el pueblo. Guitarista: Juan Carmona «Habichuela». Álbum de dos discos. Le Chant du Monde-Edgisa, EDX 73303-EDX 73304.



Manuel Gerena.

en directo), si su cante era de protesta o de resignación, Gerena respondió:

—Soy demócrata hasta el punto que creo que cada cual puede pensar de mi cante lo que quiera. Yo creo que mi cante es las dos cosas. Es protesta porque el flamenco es un grito no sólo de resignación, sino de rebeldía, y no sólo por las cosas que a ti te pasan, sino por las cosas que le pasan a tu pueblo. Y también, claro, es de resignación...

Antonio Núñez Chocolate puso en relación los cantes de Manolo Gerena con las letras de fandangos que cantaba por los tranvías y en el tren de Alcalá, rifando una botella de aguardiente o de coñac, el mítico Bizco de Amate... En un momento, alguien, flamencológicamente, dejó las cosas en su punto: —Bueno, un momento. Que estamos diciendo «el cante de Manuel Gerena», el «cante del Bizco de Amate», y en realidad nos estamos refiriendo a las letras...

A esas letras que en los ambientes municipales y festivaleros de la flamencología andante del Sur nadie quiere echar cuenta:

«Déjalo a pie a tu se-
[ñor,
caballito más no an-
[des;
déjalo a pie a tu se-
[ñor,

a ver si piensa esta
[tarde
lo que vale mi sudor,
porque a mí me mata
[el hambre».

El caso es que a Manuel Gerena, en Andalucía, sólo se le puede escuchar en disco. Mientras puede cantar en vivo o no, la presentación de la otra noche en la «Tertulia flamenca» de Radio Sevilla no dejó de ser un pronunciamiento. Una especie de nuevas Cabezas de San Juan, en las que Gerena, como un Riego, proclamó en su tierra una forma distinta de entender el cante. O las letras, según precisan los flamencólogos. ■ ANTONIO BURGOS.



Elisa Serna: «Este tiempo ha de acabar»

Dos años han tenido que pasar para que el disco «Quejido», grabado por Elisa Serna en

París, salga en nuestro, en su país. En el transcurso de tal período, las cosas han cambiado bastante, lo suficiente como para que el LP tomase forma... y un nuevo nombre. Ahora, al amparo de la tan traída y llevada aperturización, el disco ha sido consentido, con estas palabras en primera fila: «Este tiempo ha de acabar». No ha sido consentida, por el contrario, alguna que otra canción que la grabación parisina contenía, y que ahora se ha quedado por el camino... («Esta gente, qué querrá» y «Los reyes de la baraja»).

Cuando «Por Favor» citaba a Elisa Serna entre los «50 españoles gafe», con el comentario «ad hoc» de que «le dejan cantar menos que a Raimon», el articulista daba en la diana con exquisita perfección. No es ya que Elisa no cante demasiado (sic), sino siquiera que no le dejan presentar sus autorizados discos en público. Y como me comentaba la propia cantante: «La cosa no creo que sea para tanto». Efectivamente, parece que hay espíritus demasiado sensibles que supervaloran el poder de la canción, como, por otra parte—justo es decirlo—, hay otros demasiado tranquilos que no ven que esta es una forma de cambiar el mundo.

En cualquier caso, Elisa Serna está aquí con su primer LP, que no sólo ha costado dos años de «parto», sino que—lo que es mucho más aterrador— lleva tras de sí diez años de la vida de una cantante. Cuando uno se acuerda de la cantidad de gente que ha grabado discos en estos diez últimos años en España, el terror se convierte, por derecho propio, en algo muy cercano a la rabia.

En el disco de Elisa hay dos tipos de canciones bien diferenciadas, que no son sino dos momentos de la lógica evolución personal de todo humano: están las canciones de antes del exilio francés de 1972 y están las canciones de aquella época en la que Elisa vivió muy desde